

PRÓLOGO

DEL LIBRO INTITULADO «MIL TRESCIENTAS COMPARACIONES POPULARES ANDALUZAS,» RECOGIDAS DE LA TRADICIÓN ORAL, CONCORDADAS CON LAS DE ALGUNOS PAISES ROMÁNICOS Y ANOTADAS. (1).

Humilde obrero de la literatura popular andaluza, desde mi juventud dediqué una buena parte de mi tiempo á allegar materiales para su estudio. Allí donde el Pueblo canta sus alegrías y sus pesares, ó narra sus interesantes tradiciones y sus sabrosos cuentos; allí donde muestra su saber por medio de los refranes, acertadamente llamados *evangelios chicos*, ó sus heredados errores por medio de agüeros, oraciones supersticiosas y fórmulas mágicas; allí donde dice lo que de suyo se le ocurre, con su inimitable originalidad, con sus candorosos eufemismos, y su noble franqueza, y sus equívocos maliciosos, y sus características hipérbolas, y su gracia peculiar, y su fonética especialísima, allí he solido estar yo, de veintisiete años á esta parte, anotando y estudiando, cuan despacio pude, las desdeñadas, pero admirables producciones del ingenio vulgar. Á este cuidado (que nunca tuve por inútil del todo, siquiera fuese á la larga, para la cultura general española) debieronse, entre otras obras y obrecillas mías, un estudio intitulado *Juan del Pueblo* (1882), los *Cantos populares españoles* (1882-83), colección que contiene cerca de nueve mil coplas, y *Los refranes del Almanaque* (1896), y se deberá, si Dios me da salud y descanso y me depara un editor tal cualejo, la refundición de la segunda de las obras mencionadas, que constará de hasta quince mil cantares, y el *Refranero general español*, que no ha de contener menos de veinte mil refranes, ya acumulados hoy, aunque pendientes, en parte, de clasificación, y, en todo, de concordancias y comentarios.

Entre esos estudios, más ó menos propiamente llamados

(1) Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1899.

folk-lóricos, hay uno que preparé y di á los moldes hace quince años, con el título de *Quinientas comparaciones populares andaluzas* (1), imitando el ejemplo de ORESTE MARCOALDI (2) y A. MIR (3), que habían recogido en Italia y Francia, respectivamente, algunas producciones de este linaje (4). Apenas publicada mi obrita, ANTONIO THOMAZ PIRES, docto escritor portugués, recogió y dió á la estampa, en el periódico intitulado *O Elvense* (5), *Cuatrocentas comparações populares alemtejanas* (6).

En estos quince años, como por aluvión, sin proponérmelo especialmente (que estos libros se hacen ellos solos), se ha ido aumentando mi colección antigua; y por esto y por ser conocida apenas, pues de ella no se imprimieron más que cien copias, he pensado en refundir el librito y en echarlo á los cuatro vientos de la publicidad, á *salga lo que salgare*, que decía el otro.

Creo, y así lo indiqué en la primera edición, que la tarea de formar estas colecciones no es tan fútil como imagina el vulgo literario, porque en ellas se contienen multitud de elementos que importa conocer al gramático, al filólogo, al etnólogo, al mitógrafo, al *folk-lorista*, en general. Con todo eso, aunque yo estuviese equivocado, todavía, como andaluz y como hijo del Pueblo, no habría de arrepentirme de mi empresa: porque estas comparaciones—estas nonadas de comparaciones populares, si el lector gusta de llamarlas así, que yo no he de irle á la contra,—tienen para mí singular atractivo: son *de mi tierra* y me huelen á mastranto y romero, á orégano y tomillo, que es como olerme á gloria; y me recuerdan mi niñez, mis alegrías juveniles, mis primeras penas de adolescente. Bien que nada de esto importa al lector..., ni me importa que no le importe.

Pero ¿es que estoy yo equivocado al pensar que sean interesantes estas humildes producciones del Pueblo?... Pues digo

(1) Osuna, 1884.—58 págs. en 8.º

(2) *Guida e statistica della città e comune di Fabriano*. Fabriano, 1877, t. III, págs. 232-35.

(3) *Glossaire des comparaisons populaires du narbonnais et du carcaissex*, en la *Revue des langues romanes*, ts. VII y VIII (Montpellier, 1882).

(4) Y de GIUSTI, que mucho antes que MARCOALDI publicó en sus *Proverbi toscani* (Florencia, 1853) hasta dos centenas de comparaciones populares de aquel país. No he podido hacerme con el libro de GIUSTI.

(5) Por abril y mayo de 1884.

(6) Con las del *Apéndice* son seiscientas.

que, si lo estuviere, equívocome en tan buena compañía, que no deploraré mi error. En 8 de mayo de 1884 me escribía desde Lisboa el sabio DR. TEÓFILO BRAGA, acusándome el recibo de un ejemplar de la primera edición de este opúsculo: «Las comparaciones tienen el valor de rudimentos espontáneos de los mitos: son la forma natural y primaria de la mitificación.» Y más tarde, en su excelente obra intitulada *O Povo Portuguez nos seus costumes crenças e tradições* (1), después de recordar con Vico que los tropos no son una ingeniosa invención de los escritores, sino formas necesarias de que las naciones se valen en su edad poética para expresar sus pensamientos, y después de estudiar, con el sabio autor de la *Scienza Nova*, el más brillante de los tropos, la *metáfora*, que es siempre el resumen de una fábula, y la *metonimia*, que nace de la incapacidad de separar de la substancia los accidentes y la forma, habla de la *sinécdoque* en estos términos:

«De la tercera categoría de los tropos dice Vico:—La *sinécdoque* fué empleada después, á medida que el hombre se elevó de las particularidades á las generalidades y que se resumieron las partes para componer sus todos.—Tal es la forma de la tendencia sintética que el pueblo manifiesta en sus expresiones, y de sus modos de decir absolutos. Con la ingenuidad popular es también compatible la comprensión de los contrastes, por lo cual Vico considera la *ironía* como un tropo .. En su expresión (en la de la *sinécdoque*) el pueblo usa la forma de *comparaciones*, unas veces por *diferencia*, como en las fábulas, otras por *analogía*, como en los cuentos, y otras por *plausibilidad*, como en las parábolas y ejemplos, elaborando así los temas fundamentales de las literaturas; usa, empero, en el habla corriente la comparación espontánea de *mayor*, de *menor* y de *igual*, como elementos naturales de la ecuación del raciocinio. — En la idealización poética estas relaciones comparativas tienen cierto desenvolvimiento literario, al cual se llama *imágenes*; sin estas relaciones imprevistas y esencialmente pintorescas, la expresión poética perdería su carácter de universalidad y quedaría reducida á una exposición lógica, ya por el la-

(1) Lisboa, 1886, t. II, págs. 336 y siguientes.

»conismo de la sentencia, ya por la difusión dialéctica. La imágen, en su forma más sencilla, es un epíteto; en su más amplio desarrollo, conviértese en un mito filosófico.»

Juzgue el lector por estas palabras si desde el punto de vista etnológico son cosa despreciable é indigna de estudio las comparaciones que usa nuestro Pueblo. Por de pronto, su concordancia, en muchos casos, con las que se emplean en Portugal, Francia é Italia, patentizan, como dice TEÓFILO BRAGA, la unidad étnica occidental.

Nuestro pueblo, para comparar, emplea comúnmente la forma *más que*, en lugar de la de *como*, corriente en Italia y Francia con preferencia á aquélla. Esto bien se explica por la extrema afición de los andaluces, y aun de todos los españoles, á la hipérbole: no nos satisface comparar sino exagerando lo que en frase de las escuelas podríamos llamar término á *quo*. Bien que quien lo hereda no lo hurta, y lo hemos recibido de abuelo muy rancio. Los hebreos formaban su comparativo, entre otras maneras, mediante el positivo y la partícula *min* (elipsis de *yóther min*=*excelente de*, ó *más que*), adjunta al término de la comparación, diciendo, verbigracia: *Jakám min ajica*, *Sabio más que tu hermano*. Análogamente los árabes, que añadían al positivo, cuándo la palabra *aktsar*, cuándo alguno de los adjetivos *akbar* y *ah'cen*. Entre los griegos decíase muy frecuentemente para comparar *mallon he*=*más que*; y por lo que hace á los latinos, tanto solían exagerar el sujeto de la comparación, que, teniendo su comparativo peculiar en las desinencias *or* y *us* añadidas al caso en *i* del positivo (*altius*, más alto, *doctior*, más docto), para comparar igualando necesitaban recurrir á los adverbios llamados de semejanza, tales como *quasi*, *tanquam*, *sicut*, *velut*, etc. (1.)

(1) Los poetas del siglo de Augusto solían répetir con delicia las comparaciones hiperbólicas. Así, por ejemplo, OVIDIO en el libro XIII de las *Metamórfosis*, hablando por boca de Polifemo:

*Candidior nivei folio Galatea, ligustri,
Floridior pratis, lingua procerior alno,
Splendidior vitro, tenero lascivior haedo...*

Y así los latinistas del Renacimiento. En una *Salve* inserta en el libro intitulado *Laude Libro Primo. In Dāmonis. Curare dulce lenimen*. (Vene-

He aludido á la afición de los españoles á la hipérbole, y en punto á comparaciones muy fácil sería demostrar mi dicho, citando textos de nuestros clásicos. Uno por todos. Madrileño era QUEVEDO, nuestro inimitable Juvenal, y esto no obstó para que dijese en uno de sus romances:

Más echada que un alano,
Más hojeada que un pleito,
Más arrimada que un barco,
Más raída que lo viejo,
Más tendida que una alfombra,
Más subida que los cerros,
Más flaca que olla de pobre,
Más desgarrada que el mesmo
Más, por todos estos mases,
Que en la pelada es lo menos.

En otro romance:

Más alcaldes he tenido
Que el castillo de Milán,
Más guardas que monumento,
Más yerros que el Alcorán,
Más sentencias que el derecho,
Más causas que el no pagar,
Más autos que el día del Corpus,
Más registros que el misal.

Y el soneto escrito por vía de epitafio á una dueña:

Fué más larga que paga de tramposo,
Más gorda que mentira de indiano;
Más sucia que pastel en el verano;
Más necia y presumida que un dichoso...

En este librejo sólo he dado cabida á las más características formas de comparación, y no á otras menos cualificadas ó menos corrientes. Del hipócrita se dice: *Parese que nunca ha roto un plato*; del longevo, *Parese que ha comido carne e gruya*, etc. Estas frases son, en el fondo, comparaciones. Lo propio se puedo afirmar de muchos modismos y de gran número de refranes, pues, en general, todos los alusivos á sujetos ú objetos determinados sirven al Pueblo de términos de comparación, anteponiéndoles el adverbio *como*. No hasido mi propósito incluir-

cia, Octavianum Petrutium, M. D. viii.—Biblioteca Colombina):

*O melle dulcior,
Auro splendior,
Risu jocundior,
Amore carior,
Nive candidior,
Rosa fragantior,
Palma sublimior,
Saphira pulchrior...*

los en esta obrita, aunque haya puesto algunos: tendrán lugar más adecuado en el *Refranero*. Con todo, indicaré varios de los más usuales en tierras andaluzas, y nótese de paso la gracia que en ellos campea: *La mosa e la posú, mar comía, mar bebía y eshonrá; Los poyos e Marta, que pían pan y les dan agua; Pascuala y Pascuá, tar pá cuá; La bolá 'er cuerbo marino, que se fué y nunca bino; Las pantorriyas del escarabajo, tan dergás po arriba como po abajo; El arcarabán, lerdo pá sí mesmo y sabio pá los demás (1); Er pae Palomares, que ganaba con nones y con pares (2); Er burro 'er jarriero: tó er día acarreando aseite, y á la noche, á escuras; La nobia e Parás, sin nobio y aeresá; Er cura e Trebujena, que se murió e sentir penas ajenas; Er mar del milano: las alitas quebrás y er piquito sano; La fuente e la rana, que cuando yuebe mana; Er gaspacho 'er tío Sandobú: mucho cardo y poco pan; Los ajos 'er tío Brialón, que nasieron pá abajo; La campana e la torre, que yama á misa y no la oye (3); Er tío e la samarra, que puese que se cae, y se agarra (4); Er perro e la Meca, que antes que le den se queja; La yesca e Triana, que arde cuando le da la gana. Para ejemplos basta, y aun sobra.*

Y ¿qué son, en rigor, sino comparaciones muchos de los innumerables adagios que comienzan con los adverbios *Más, Tan ó Tanto*, y todos los que empiezan con las palabras *Más vale....?* Verbigracia: *Tan malo es pasarse como no llegar; Tunto pesa una libra de lana como una libra de oro: Más da el duro que el desnudo;*

(1) Corresponde al refrán que dice *Alcaraván zancudo, para otros consejo y para tí ninguno*, síntesis de una de las preciosas fábulas que componen el libro de *Calila e Dymna*. A juzgar por cierto cuentecillo de muchachos, los alcaravanes escarmentaron en cabeza de aquel á que se refiere la fábula. Dijo la zorra lanzándose sobre el que ya estimaba por presa suya:—*Alcaraván comi*; pero el alcaraván, hurtando el cuerpo y rompiendo á volar, respondió:—*A otro, que no á mí*.

(2) Concuerta con lo que, según otro refrán, decía el proverbial *pae Palomares*, que debía de tener razones y rejo para todo, como el león de la fábula de FEDRO: *Si son nones, pá mí que tengo carsones; y si son pares, pá er pae Palomares*.

(3) Lo mismo estotro refrán: *No entra en misa la campana, y á todos llama*.

(4) Una seguidilla popular hecha sobre la frase:

*Er demonio es er tío
De la samarra:
Parece que se cae,
Pero se agarra.*

Más manda la zorra en su rabo que el rey en su reinado; Más vale saber que haber, etc.

También noté al publicar la primera edición de esta obra que el Pueblo, para hallar los términos de sus comparaciones, acude con más frecuencia al mundo físico que al moral, porque en aquél las semejanzas están al alcance de los sentidos; pero que las contadas relaciones que halla en éste admiran por el sutil ingenio que revelan y por el tino con que han sido escogidas. Ejemplos: *Aprieta más qu'er gobierno; Más caro que la justisia; Más embustero qu'er debé; Más negro que una mala hora; Más belós qu'er pensamiento; Más claro que la berdú; Más pesao que una deuda; Corre más que una malu notisia.*

Aunque en libros que, como el presente, tienen algo de lexicográficos no hay por qué asustarse de ciertas libertades de la dicción, he suplido con puntos suspensivos después de la inicial, ó de las primeras letras, algunas palabras que el convencionalismo social ha hecho parecer groseras y sustituido por otras menos empecatadas. ¡Como si lo grosero estuviese en los vocablos, meras reuniones de inocentes signos, y no en la idea que se expresa por medio de ellos! DROZ explica muy discretamente el fundamento de estos repulgos: «A mesure que les mœurs d'un peuple se corrompent, ses paroles deviennent chastes; c'est un dernier et stérile hommage qu'il rend á la pudeur.»

Aún debo otra advertencia á mis lectores. Trabajos como el presente estudio adolecen de la pesadez propia de todo linaje de inventarios. Para evitar en lo posible este mal, he procurado amenizar la lectura por medio de notas que de vez en cuando tienen sus migajas de festivo. Lo propio haré en el *Ensayo de un Diccionario de andalucismos* que estoy preparando para la estampa. El lector dirá si he logrado, siquiera á medias, mi propósito, ó si, lo que no creo, he ido alguna vez más allá de donde debiera. Para este caso, pídele mil perdones: claro es que yo no me propuse desagradarle, sino todo lo contrario. Sálveme la buena intención.

Valga lo que valiere este humilde librejo en cuanto al desempeño de su asunto (que poco ha de valer siendo mío), en algo deberá de estimarse con tal que se le mire desde el punto

de vista filológico. Las comparaciones aquí reunidas son del pueblo andaluz; las escribí respetando su fonética (1); en ellas hay no pocas palabras que faltan en los léxicos y muchas que usamos los andaluces en acepciones distintas de las inventariadas hasta ahora. Á lo menos, ese poquillo de interés concederán los estudiosos á mi trabajo. No aspiro, en verdad, á más medrado premio.

Para terminar: Nunca creí que el sabio autor de la *Filosofía de la Elocuencia*, D. ANTONIO CAPMANY, tuviese razón sino en parte cuando dijo: «La mitad del idioma castellano está enterrado, pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces hace muchos años que no salen á la luz pública.» Enterrado no; que, aunque no vive en los libros de hogaño, ni, por lo que toca á ciertas regiones, en los de antaño, vive lozano y brioso entre las gentes del pueblo y entre los campesinos, transmitido por herencia de generación en generación y conservado á través de los tiempos, como pingüe caudal de bienes vinculares. Y no ya los vocablos más hermosos, eficaces y puros perduran en el habla popular, sino lo que vale más todavía que ellos: los giros genialísimos de nuestra raza; las imágenes pintorescas; los gentiles modismos de oro acendrado, de que tiene el Pueblo, para gastar y derrochar, Californias y Potosies; los antiguos refranes en donde, como por apuesta, se juntan y compiten la bizarrísima gracia de la expresión y la rica substancia del consejo; y aun estas florecillas de comparaciones no son poca parte á que la lengua de los Cervantes y los Solís luzca y resplandezca y sobrasalga entre todas.

Cierto: el idioma de Castilla, á juzgar por lo que hablamos y escribimos casi todos los españoles parece un rico que se va

(1) Pensaba yo haber compuesto un tratadillo de fonética andaluza para publicarlo á continuación de este prólogo; pero tareas tan apremiantes como iliterarias no me han dejado vagar para ello. Otra vez será, si alguien no me releva antes de ese trabajo. Entretanto, el lector curioso puede ver el discreto aunque lacónico estudio que MACHADO y ALVAREZ publicó en la *Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias*, de Sevilla (tomo II, pág. 37), el interesante opúsculo intitulado *Die Cantes Flamencos*, del DR. HUGO SCHUCHARDT, catedrático en la universidad de Graz (Austria), y unos ligeros apuntes sobre fonética que di á la estampa en la revista hispalense *La Enciclopedia*, año IV, núm. 23, correspondiente al día 15 de diciembre de 1880.

arruinando á todo correr. ¿Eslo? Si lo fuere, todavía no es tarde para que rehaga su hacienda. Visite sus posesiones; administre sus bienes; que en alquerías y cortijos, en casas de aldea y chozas de pastores anda desperdigado, pero no perdido, lo más de su caudal. Recójalo, que aún es tiempo; recójalo pronto, antes que los vientos de generalización que soplan de todas partes arrebaten lo que queda; antes que pase el ferrocarril junto á los más apartados rincnes de las montañas, llevándose el pan candéal de nuestros mayores y dejando en trueque levaduras extranjeras; antes que el telégrafo, ese invento admirable, acabe de reducir á tres (nombres, verbos y adverbios) las antiguas partes de la oración; antes que los organillos mecánicos y las copletas del teatro cómico-lirico hagan olvidar de todo en todo nuestra música y nuestras coplas populares, síntesis de la inmensa riqueza afectiva de una raza que parece estar á punto de extinguirse. Y si, por desdicha, fuere inevitable la pérdida del único tesoro que nos queda, de la gentil habla castellana, la más hermosa del mundo, por la cual aún dominamos en la mitad de él, conservemos siquiera el inventario de lo que poseímos. Así el hidalgo pobre busca y halla en la lectura de sus viejas ejecutorias dulces aunque tristes recuerdos, á la par que estímulo generoso para mantener inmaculada la honra de sus progenitores.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Sevilla, 8 de abril de 1890.